

PARA MIS HERMANOS, DAVE Y TOM

*Aż was, zjadacze chleba —  
w aniołów przerobi.*

Hasta que los humildes  
os convirtáis en ángeles.



## ÍNDICE

FARWELL	13
CHOPIN EN INVIERNO	17
LUCES	45
MUERTE DEL EXTERIOR DERECHO	47
CHAPAS	53
RUINA	55
DESCARTES	85
BIJOU	87
CALLEJEROS	95
NOCTÁMBULOS	97
Siluetas	97
Risa	101
De todo	103
Matar el tiempo	106
Insomnio	110
Gold Coast	117
Transporte	119
El río	125
Aves nocturnas	129
LA MUJER QUE SE DESMAYABA	133
HIELO ARDIENTE	137
Santos	137
Amnesia	145
Duelo	153
Nostalgia	160
Leyendas	171
PERDIDOS	181
LECHE CONDENSADA	183



*Out of the whole of memory, there's one thing  
worthwhile: the great gift of calling back dreams.*

De toda la memoria, sólo vale  
el don preclaro de evocar los sueños.

ANTONIO MACHADO



# LA COSTA DE CHICAGO





## FARWELL

Esta noche lloviznaba sin parar, las farolas eran embudos de luz que recogían lluvia y hervían en niebla. En Farwell, las ventanas del balcón del edificio donde en el pasado viviera mi amigo Babovitch reflejaban las mojadas pistas de tenis, y me pregunté si alguna vez me marcharía de esta ciudad. Recordé la primera noche que recorrí Farwell para visitar a Babo. Él daba una clase de literatura rusa a la que yo asistía, y me había invitado a pasarme. Ningún profesor me había invitado a su casa antes.

—¿Cuándo es buen momento? —pregunté.

—A mí *siempre* me viene bien la compañía —respondió, garrapateando su dirección—. No tengo teléfono.

Era invierno y nevaba. Su edificio era el último de la parte de la calle que terminaba en el lago. La nieve obstruía la alambrada de las pistas de tenis y se acumulaba sobre éstas. Al otro lado de las pistas, tras un parquécillo, había un embarcadero que llegaba hasta un pequeño faro de color verde. La nieve había anulado los perfiles de aceras y bordillos y esa noche daba la sensación de que el embarcadero fuera una continuación de la calle, como si Farwell se extendiera hasta internarse en el lago. Caminé hacia el faro. El embarcadero estaba incrustado de hielo esculpido por las olas y la espuma. Los cables de sujeción del faro y el propio faro estaban enfundados en hielo. En

aquel silencio glacial, oí el rechinar del lago bajo los témpanos y percibí el temblor del embarcadero, y al volver hacia el bloque de apartamentos creí oír cantos.

La voz de barítono que reverberaba por las pistas de tenis parecía salir de un balcón cuya cortina ondeaba como si hiciera señas. Intuí que aquella era la ventana de Babo. Me detuve en las pistas de tenis e intenté distinguir la canción, pero las palabras llegaban difuminadas. Hice una bola de nieve —una nieve demasiado ligera para dejarse compactar bien— y la lancé hacia el balcón. La bola impactó contra el cristal con un estallido blando. Esperaba que Babo se acercase a la ventana. En cambio, la música se detuvo. Lancé otra bola y la luz bronceína del interior del apartamento se apagó. Terminé por ir hasta la entrada del edificio y llamé al timbre que había junto al nombre Andrei Babovitch, pero no hubo respuesta. Estaba a punto de abandonar cuando vi su cara ampliada por los vidrios biselados del portal. Abrió la puerta y esbozó la sonrisa rocosa que se adueñaba de su rostro en clase cuando leía un poema en voz alta; primero en ruso, como si canturrease, y luego traducido a su vacilante inglés de acento británico.

—Ah, tú —dijo.

—¿Es buena noche para una visita?

—Desde luego. Entra, por favor. Tómate un té. Y un trago de algo para entrar en calor.

—Supuse cuál era tu ventana y tiré un par de bolas de nieve para avisarte.

—¡Eras *tú!* Pensé que unos gamberros habían oído a Chaliapin quejándose del destino y se habían irritado. La ópera rusa puede tener ese efecto hasta en quienes no son adictos al *rock and roll*. No sabía qué esperar a continuación, si un ladrillo o algo así, por eso quité la música y me tumbé en el suelo a oscuras.

—Lo siento —dije—. No pensaba que... No sé por qué no llamé al timbre de primeras.

—No, no. Habría sido una entrada memorable. Lamento no haberlo entendido, aunque si hubiese mirado por la ventana y te hubiera visto en la oscuridad habría seguido pensando que eras un gamberro —dijo de buen humor—. Como ves, tengo los nervios un poco a flor de piel.

La luz bronceína volvía a brillar en el apartamento, que daba la impresión de estar amueblado de libros. Las paredes estaban forradas de libros en varios idiomas y había pilas de volúmenes por el suelo. Cajas de más libros hacían las veces de muebles, el fondo que quedaba de una pequeña librería rusa que había abierto y cerrado tras recibir amenazas y un paquete bomba. Clavado con chinchetas sobre el escritorio, había un mapa de Odessa, donde Babo había crecido, a orillas del Mar Negro. Unas cuantas calles estaban marcadas con círculos de tinta roja. Esa noche me marché con la duda, pero en visitas posteriores, cuando llegué a conocerle mejor, le pregunté qué indicaban aquellos círculos rojos. «Buenas panaderías», dijo.

Cuando la universidad no le renovó el contrato, se marchó de un día para otro. No me sorprendió. Llevaba mudándose desde que desertó y se unió a los británicos durante la guerra. Había vivido en Inglaterra y Canadá, y decía que nunca sabía cuál sería su siguiente destino, pero que, antes o después, cuando se establecía en un sitio recordaba que el lugar al que pertenecía ya no existía. Había vivido en Farwell, una calle cuyo nombre estaba a una letra de significar adiós.

Esta noche, corrí por Farwell hasta el lago, dejando atrás las encharcadas pistas de tenis y el embarcadero del faro verde, y luego por la playa vacía. El oleaje presionaba

contra la orilla y corrí como si me persiguieran, siguiendo el borde espumoso del agua. De las huellas de las zapatillas salían despedidos terrones de arena. Era tarde cuando alcancé mi edificio, los portales estaban en silencio, el humo de la cena aún rodeaba las bombillas. En la oscuridad de mi cuarto, con las ventanas abiertas, el mundo olía a mosquiteras húmedas y mandarinas.